

¡Tú llevarás mi cadáver al lado de mi madre!

Capítulo 1

La madrugada del 9 de abril de 2021, un hombre adicto a la cocaína estuvo a punto de morir electrocutado mientras intentaba bañarse y trabajar al mismo tiempo. Esta experiencia resultó ser para él tan impactante que decidió dejar de beber y consumir drogas, lo cual lo sumió, de manera inmediata en una profunda depresión. Entonces, impulsado aún por el vértigo de su adicción (Puesto que no habían pasado ni tres minutos desde su epifanía) se puso a hacer una serie de ejercicios tan intensa que terminó por jurarse a sí mismo dejar atrás todo aquello de su cuerpo que le resultara desagradable al olfato o a la vista. Minutos después le envió a su proveedor de droga un mensaje de texto en el que podía leerse:

De la manera más atenta te pido por favor que dejes de buscarme. He decidido hacer unos cambios en mi vida. Por favor no me busques más. ya no puedo seguir así. Espero tú también cambies cosas en tu manera de ser y vivir.

En el resto del mensaje le reclamaba lo mal hermano que había sido y le informaba que las únicas ocasiones en que volverían a cruzarse serían en la cena de navidad o en el cumpleaños de su madre. Erick (Así se llamaba aquel hombre) se sintió aliviado por el mensaje que acababa de mandar e incluso se imaginó a su hermano, leyendo en medio de la oscuridad el mensaje, lleno de rabia, puesto que él representaba gran parte de sus ingresos. Nada más lejano de la realidad, pues en ese momento Caleb –destinatario del mensaje- se encontraba con Héctor, su nueva pareja, a quien le ocultaba por cualquier medio posible cualquier relación con

cualquiera de sus clientes. Por consiguiente, el celular estaba muy lejos de él. Como fuera, Erick escribió otro mensaje en el que se disculpaba por no poder ir al trabajo ya que durante la noche se habían metido a su casa, le habían robado la computadora y se dirigía, en esos momentos, a dar parte a la policía. Se quedó quieto un momento. Después de convencerse de que le iba a ser imposible dormir (¡Y cómo no! si temblaba casi tanto como si en verdad se hubiera electrocutado, por la combinación de espanto y drogas) se dirigió al patio de su casa para seguir haciendo lo que él entendía por ejercicio. Durante toda la mañana se estuvo pensando en lo cerca que había estado de perder la vida de una manera tan absurda, ello lo llenó de un sentimiento de desolación que hasta el momento jamás había experimentado. Ya que llegó el mediodía y el sol comenzó a arderle en su piel, se forzó a comer algo. Entonces tomó un pan, lo partió, terminó de prepararse una torta con algunos restos de comida que tenía en el refrigerador y lo comió acompañado por un vaso de agua. Después se refugió en su habitación el resto del domingo.

Esa tarde, mientras Erick dormía llorando, Caleb se decidió, por fin, a ser un buen hermano. Hasta ese día, cada que Erick le gritaba que iba a dejar las drogas, Caleb sólo optaba por ignorarlo y esperaba a que lo buscara en el transcurso de la semana. Un día le dijo Por mi tragas hijo de la chingada y si yo dejo de comprarte ya no vas a tener pura chirula de que vivir, nomás a mí me vendes, me voy a internar, voy a salir y aunque quiera comprarte no vas a tener que venderme y aunque le compre a quien sea voy a ser bien pinche feliz pues ya no te voy a comprar a ti. Pero nunca se internó y nunca le compró droga a nadie que no fuera su hermano.

Desde entonces, toda su relación se resumió en buscarse por droga, por dinero, cruzar un par de palabras y hasta ahí. Ambos compartían un sentimiento quizá comparable al de los personajes de Woody Allen y Diane Keaton en la escena final de Annie Hall. En una última reunión nostálgica ambos se revelan como ajenos, por fin, el uno del otro. Sin serlo. Pero esta vez todo sería diferente. Entonces le escribió:

No te preocupes carnal. Haz lo que tengas que hacer.

Cuando Erick se despertó, a las siete de la tarde y leyó ese mensaje sintió como si algo se hubiera terminado de romper adentro de sí mismo. Luego leyó otro mensaje:

Lic. Aguilera, lamentamos el incidente del que ha sido víctima. Esperamos la justicia obre de manera adecuada y le recordamos que los domingos no se laboran. Tenga usted un agradable fin de semana.

Erick sintió entonces, además de todo, muchísima vergüenza. Ahora iban a pensar en él como en un drogadicto o un alcohólico. ¡Justo ahora que había dejado de serlo! Lleno de vergüenza, como si pudieran verlo, y con los pantalones empapados en orín, se tambaleó hasta la cocina para darle de comer a su perrito. ¿Cuánto tiempo había pasado? A juzgar por los escandalosos ladridos del can, bastante.

Hasta el momento en que estuvo a punto de carbonizar sus intestinos en la bañera Erick era prácticamente inseparable de su perrito. Visitaban parques juntos, iban a fiestas juntos, todas las cantinas los admitían y, en más de una ocasión, compartieron la misma bolsa de croquetas. Desde que era un niño había sido amante de los animales y poco le faltó para estudiar la carrera de veterinario zootecnista, pero por su irremediable fobia a la sangre y un innato talento para

dibujar terminó estudiando diseño gráfico. Y así fue como terminó, según él, geometrizando su realidad. Whatever the fuck that means. De todos modos, su frustrada elección de carrera no cambió en nada su tierno afecto por los animales y, después de una vida rescatando, rehabilitando y reacomodando todo tipo de animales, conoció a Diego, su perro salchicha de tres patas. El amor fue inmediato. Erick, quien siempre se sintió acongojado por tener tres pezones, no dudó en adoptarlo y se convenció a sí mismo de que aquello no había sido casualidad, sino que estaban unidos por una especie de lazo metafísico. Recordando sus tiempos como obrero en los Estados Unidos lo nombró Diego. Diego The Doggo.

Feliz de la vida con su nueva mascota, Erick no tardó en proyectar una especie de amor paternal. Jugaba con Diego a que le enseñaba el fútbol, jugaba a que lo enseñaba a hacer hoyos en el jardín y, valiéndose de croquetas en forma de animalitos, lo enseñó a asechar y cazar a su presa. Siempre muy, muy drogado. ¿Qué habría sido diferente en su vida, de haber tenido un padre? Cuando aún era pequeño, soñaba con algún día volverse un pintor famoso. Quizá apareciendo en portadas de revista o programas de televisión su padre iría a buscarlo. Llegada la pubertad abandonó esa idea. Ahora quería ser un cholo. Como su hermano. De los cabrones. Como los del Parga Palafox. Y en lo que terminó. Algunas salidas juntos a fiestas, un sueño que comenzaba con Hermano, te vas tu primero a los Estados Unidos y luego yo te alcanzo. Sueño que terminó en que Caleb jamás lo alcanzó y con él volviendo sólo para engancharse en una dependencia anormal. Hermano. Qué extraña palabra. Hermano.

Una noche, movido por los ríos de whisky que corrían por sus venas y lleno de ansiedad por la imagen de bolsitas vacías del necesario polvo blanco, llamó a su hermano. Como no contestaba, fue hasta su casa. Había estado lloviendo. Las calles reflejaban, como espejos, las luces mercuriales de la ciudad. Al tocar el timbre, aun húmedo, una descarga eléctrica lo hizo estremecerse de una manera tan horrible que empezó a gritar ¡Hermano! ¡Caleb! ¡Hermano! ¡Si yo me muero, tú llevarás mi cadáver al lado de mi madre! Y se quedó llorando, abrazado de su perrito de tres patas.

La mañana posterior a la casi chamusqueante experiencia, Erick se fue solo al trabajo. Durante esa noche no había podido conciliar el sueño así que se la pasó haciendo sentadillas y flexiones. Apenas al salir el sol, habló muy seriamente con Diego: -Mira, te voy a dejar este plato de croquetas, pon atención, está aquí enseguida del refri. El perro, que no entendía una sola palabra, solo se le quedó mirando muy atento, con esa mirada que tienen los animales cuando no entienden nada de nada de lo que se les está hablando. -No me mires así, Diego, regreso en la tarde y nos vamos a pasear al parque. Pero cuando regresó del trabajo no salieron a pasear pues se había hecho de noche y no eran ya horas de ir al parque. Erick se había tardado demás comprando un ordenador nuevo para su trabajo.

Nunca habían pasado una tarde separados. ¿Tenía acaso, algo que ver con la electrizante muerte de la que había escapado? Erick no pensó en eso. Sólo llegó y se encerró en su cuarto a comer ensalada y hacer flexiones antes de dormir. Eso sí, los últimos pensamientos de su día, como siempre, los dedicó a su perrito de tres patas.

Qué diferente fue esa noche a las demás. Normalmente, ambos, amo y perro, se dirigían a la cantina donde cenaban un plato de sopa y se integraban a alguna de las conversaciones que estuviera teniendo lugar en la barra. No faltaba algún curioso que le dijera ¡Qué bonito perro! Y Erick orgulloso, le pasaba el mensaje. ¿Ves? Siempre te digo que estás bien precioso. Obviamente no todos los días iban a la cantina. A veces, Erick contrataba los servicios de una prostituta y, casi siempre, la reacción de ellas al conocer a Diego era la misma: Elogios al perrito, preguntar por su nombre, preguntar por su edad y si no le dolía o incomodaba tener tres patas. Del tercer pezón de Erick... Nunca nadie le había preguntado en la vida por su tercer pezón, pero estaba convencidísimo de que la atención que le ponían a Diego y sus tres patas desviaba cualquier atención indeseable que pudiese recaer en sus tres pezones.